

El «terror rojo» en la provincia de Huesca: la lucha contra el orden social y sus representantes durante la guerra civil española

ESTHER CASANOVA NUEZ

En estos últimos años se están completando los estudios de la guerra civil en Aragón con trabajos sobre la represión gubernamental en las tres provincias de nuestra Comunidad Autónoma y se están publicando reediciones y revisiones de trabajos pioneros en el estudio de la violencia, como el libro colectivo *El pasado oculto*. Aunque no hay antecedentes para el estudio de este tipo concreto de violencia, la represión gubernamental en la provincia de Huesca, contamos con el libro de carácter general de Julián Casanova *Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa*, donde se comienzan a señalar las claves interpretativas para el análisis de la represión que nosotros tratamos de realizar. Sí que tenemos estudios de la II República, en concreto para la provincia oscense el trabajo de José M^a Azpíroz *Poder político y conflictividad social en Huesca durante la II República*, que nos da una visión indispensable de lo ocurrido justo en los años precedentes a la guerra, señalando los focos principales de conflictividad en Huesca. También contamos con los trabajos realizados sobre este tema para otras provincias de diferentes Comunidades Autónomas o dirigidas desde la propia Universidad de Zaragoza, por el profesor Julián Casanova, para Teruel y Zaragoza. En contraposición a esta carencia de estudios, tenemos abundantes hagiografías y la presencia de la memoria histórica que ha quedado de los acontecimientos anticlericales, marcada a fuego en el colectivo de la población. Barbastro, como la ciudad de Teruel, fueron parte importante en la mitología utilizada por el discurso franquista sobre la guerra.¹

1 En 1938 se imprimió un libro-folleto por parte del Ayuntamiento de Barbastro con una relación de todas las personas asesinadas de la localidad y de fuera de ella, *Relación de las personas asesinadas en la ciudad de Barbastro por las bordas rojas*, Barbastro, Impr. Santamaría, 1938. La batalla de Teruel fue recordada por la resistencia heroica de la ciudad frente a las tropas republicanas y el frío invierno de la Navidad de 1937 en múltiples publicaciones; un ejemplo de ellas lo encontramos en A. Bea, *Ecos de la gesta de Teruel*, Zaragoza, Talleres Ed. «El Noticiero», 1940, y en P. A. del Fuego, *Héroes de la epopeya. El Obispo de Teruel*, Barcelona, Amaltea, 1941. Sobre la conflictividad en Huesca, en J. M^a Azpíroz Pascual, *Poder político y conflictividad social en Huesca durante la II República*, Huesca, Ayuntamiento, 1993. Complementa este libro el de G. Kelsey, centrado en la conflictividad y formación de los núcleos anarquistas en Aragón, *Anarcosindicalismo y Estado en Aragón: 1930-1938*, Madrid, Salvador Seguí Ed., 1994. Las bases de nuestra interpretación se ven perfiladas en J. Casanova, *Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa, 1936-1938*, Madrid, Siglo XXI, 1985, y a nivel nacional en el libro del mismo autor

Huesca supone todo un reto de investigación para la guerra civil española por varias razones: su mitad oriental quedó desde el primer momento bajo el poder del bando republicano, es decir, para tener una imagen territorial clara, los partidos de Boltaña, Benabarre, Tamarite, Fraga, Sariñena, Barbastro y una franja del de Huesca quedaron desde los primeros días en zona gubernamental; en segundo lugar, la diócesis de Barbastro alcanzó un altísimo grado de violencia anticlerical, y, por último, su situación geográfica la convierte en paso fronterizo con Francia, siendo esto crucial para los derrotados de los primeros momentos y de los últimos. Estas consideraciones, junto con el tipo de propiedad de la tierra (explotaciones mayores que en la provincia de Teruel, excepto en la zona pirenaica del partido judicial de Boltaña) y el mapa de conflictos de la provincia oscense durante la II República, deben tenerse en cuenta a la hora de afrontar el análisis de la violencia y la vida en la retaguardia.²

La República, la segunda que vivía España, había sufrido durante sus pocos años de vida huelgas y enfrentamientos organizados por las asociaciones sindicales y duramente sofocados por las autoridades civiles y las fuerzas del orden. Por fin esta República, con sus crisis económicas y sociales, se vio resquebrajada por una guerra civil, un conflicto que hizo perecer las estructuras de control del Estado y que ofreció la posibilidad de crear un nuevo orden social que buscaba terminar con el sistema establecido, basado económicamente en las colectividades y representado en lo político por los comités revolucionarios. Una guerra y una revolución que propiciaron un proceso depurativo en la retaguardia, no sólo contra los que se habían alzado en armas frente a la República sino, sobre todo, contra los representantes y los símbolos del orden establecido. Posteriormente, conforme el Estado republicano se fue restaurando, se volvieron a crear las estructuras administrativas y judiciales, la represión vivió un fuerte retroceso, por otra parte no estrictamente consecuencia de que volvieran a funcionar las estructuras de control del aparato del Estado sino que, considerando que la oleada más intensa de fusilamientos había tenido lugar en el verano de 1936, ya no quedaban tantos enemigos de la República o sólo quedaban los enemigos de segunda fila, los que murmuraban al lado del fuego esperando que todo pasase, los que no colaboraban con gran entusiasmo, las viudas y familiares de los fusilados o los escapados al bando franquista para ponerse a salvo o alistarse en su Ejército.

De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España (1931-1939), Barcelona, Crítica, 1997; en ambos se señala la necesidad de un estudio detallado de la represión en retaguardia y de fenómenos como la violencia anticlerical desatada durante la guerra civil española. El libro colectivo sobre la represión franquista en Aragón es el de J. Casanova, Á. Cenarro, J. Cifuentes, M^a P. Maluenda y M^a P. Salomón, *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939)*, Madrid, Siglo XXI, 1992.

² Sobre la relación existente entre propiedad de la tierra y conflictividad, en P. Maluenda Pons, «Propiedad de la tierra y orden social en Huesca. Una aproximación a la conflictividad rural durante el primer tercio del siglo XX», en C. Frías Corredor (coord.), *Tierra y campesinado. Huesca, siglos XI-XX*, Huesca, IEA, 1996, pp. 219-255. Estudios sobre la propiedad también en L. Germán Zubero, *Aragón en la II República. Estructura económica y comportamiento político*, Zaragoza, IFC, 1984, y de forma más general en J. A. Biescas Ferrer, *Introducción a la economía de la región aragonesa*, Zaragoza, Alcrudo Ed., 1977.

En la mayor parte de los pueblos de la mitad oriental de Huesca, y sobre todo en sus localidades más importantes, las autoridades civiles y militares se mantuvieron fieles a la República, negándose a proclamar el estado de guerra y retirando las armas a los elementos reaccionarios. El apoyo de las fuerzas del orden es imprescindible para el triunfo o no de una sublevación. Unos y otros se echaron a la calle. Algunos de derechas huyeron hacia la capital o hacia Francia, atravesando los Pirineos, pero la mayoría de ellos se quedaron en los pueblos, expectantes ante la suerte que podían correr. Hasta el mes de septiembre el frente de guerra no se estabilizó; las milicias fueron recuperando algunas localidades, en su avance hacia la capital; el pueblo de Siétamo estaba bajo el poder de los sublevados, ya que falangistas y guardias civiles habían declarado el estado de guerra. Ante la llegada de las milicias y al no poder resistir su ofensiva, las fuerzas sublevadas se retiraron el 31 de agosto a Estrecho Quinto, reforzando esta posición y resistiendo en ella hasta el 30 de septiembre, cuando, rompiendo el cerco, abandonaron el lugar en dirección hacia Huesca.³

Hubo algunos otros focos de inmediato enfrentamiento, como el vivido en Almodévar entre los mineros y los guardias civiles, que se solucionó primero a favor de los sublevados, al llegar refuerzos de Huesca, y posteriormente a favor de los gubernamentales, con la llegada de las milicias. Y se perdieron dos poblaciones tremendamente importantes: Jaca y la capital oscense.

Jaca tenía un pasado conflictivo, bien sea desde revoluciones un tanto fantasmagóricas como la que tuvo lugar en 1931 o bien por otras más reales como la organizada por los anarquistas en marzo de 1932. Ambas sirvieron para controlar y reprimir a las asociaciones sindicales que tanto preocupaban a las autoridades civiles de la provincia. Huesca, además de ser la capital de la provincia, era, tras Zaragoza, el segundo núcleo cenetista y de arraigo sindicalista de la región. Fue una gran pérdida para los gubernamentales, como mayormente lo fue Zaragoza. Conquistar las tres capitales sería una meta fija de las milicias. Huesca estuvo asediada durante toda la guerra y sin embargo no conseguirían entrar. Sólo conquistaron Teruel, durante un periodo de tiempo muy corto y con un altísimo coste humano. Por lo tanto, la organización de la resistencia y de la retaguardia, así como de la lucha, tuvieron que venir de otra parte.⁴

El ejemplo de resistencia a la sublevación se dio en Barbastro, población con un Ayuntamiento frentepopulista y con el coronel Villalba como jefe militar de la plaza, que se sumó a la oficialidad y que obedeció a las autoridades civiles no proclamando el estado de guerra. Desde esta ciudad se organizó la defensa y el ataque a los sublevados de los pueblos importantes de alrededor, desplazando refuerzos hasta Monzón y los principales núcleos poblacionales más cercanos. Villalba había comunicado desde Barbastro y ante sus tropas y oficiales que cualquiera que declarara el estado de guerra sería considerado faccioso y contrario a la República.⁵

3 AHN, *Causa General*, provincia de Huesca, caja 1413.

4 J. M^o Azpíroz, *Poder político y conflictividad*..., cit., pp. 126-129.

5 AHN, *Causa General*, provincia de Huesca, caja 1413.

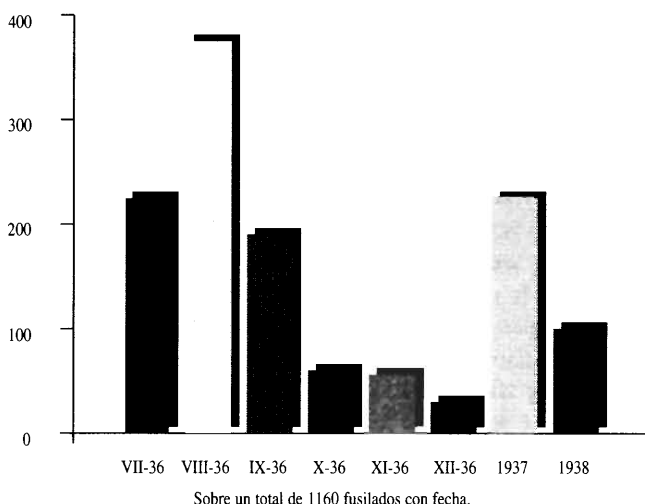
Cuando las autoridades militares decidieron seguir fieles a la República, sindicatos, pueblo y oficialidad salieron a la calle proclamando el comunismo libertario y la revolución y buscando a los representantes del orden establecido. Curiosamente a los oficiales que se negaron a colaborar, según sus propios testimonios, se les respetó la vida; se les metió en prisión y permanecieron encerrados en diferentes cárceles republicanas mientras duró la guerra.

Barbastro se irguió como centro administrativo y judicial de la provincia durante 1937 y, en el verano de 1936, tras la inmediata entrada de las milicias, se convirtió en lugar de referencia para la represión. Según las declaraciones recogidas en la *Causa General*, se fusiló a 284 personas, muchas de ellas traídas desde otros pueblos; unas 800 fueron llevadas hasta Barbastro y encarceladas en un primer momento, esperando su suerte y en muchos casos su turno para ser fusiladas. Entre los muertos la mayoría serán religiosos o personas que tenían una fuerte y conocida relación con la Iglesia. Las muertes de sacerdotes serán tan numerosas porque la localidad quedó desde el primer momento en manos de los republicanos, lo que impidió la huida de los religiosos, y porque llegaron las milicias, dejando, como habían hecho en tierras catalanas, un rastro de fuego en todas las localidades que visitaron.

Muchas de estas víctimas estarán presas hasta que lleguen las milicias. Su presencia se dejará sentir en Graus, Binéfar y Tardienta. Las listas de fusilados en estas localidades son muy largas, contrastando con lo reducido de muchas de las existentes para los pueblos del partido judicial de Boltaña, donde morirían el cura y los dos importantes del pueblo.⁶

Gráfico 1

Represión ejercida en el bando republicano durante la guerra civil. Provincia de Huesca, julio de 1936 - 1938.



⁶ El número de represaliados asciende a 45 personas en Graus, 37 en Binéfar y 29 en Tardienta.

Basándonos solamente en estimaciones a partir de los documentos recogidos en la *Causa General* para la provincia de Huesca, debido al momento en el que se encuentra el estado de nuestra investigación, los fusilados en la retaguardia oscense ascienden a 1470, una vez purgada dicha fuente de repeticiones; de los 1160 con fecha de fallecimiento conocida, 949 fueron fusilados en los meses de 1936, mientras que el resto, una minoría, encontrarían la muerte durante el restante año y medio de guerra, hasta marzo de 1938, en que duró el conflicto en la provincia de Huesca. Las autoridades franquistas que realizaron la *Causa General* en 1941 ofrecieron la cifra de 1777 fusilados por la «barbarie roja», más 37 desaparecidos. De ellos, 438, un 24% de las víctimas, religiosos muertos y 14 desaparecidos; entre todos los asesinados había 50 mujeres fusiladas.⁷

Los criterios de selección de las víctimas obedecen a las mismas características durante toda la guerra, con más marcado carácter ideológico o político en las localidades mayores. Solamente hay un colectivo que exclusivamente encontró la muerte en los primeros meses, julio y agosto, y que, a no ser que fuera hallado con posterioridad, sólo fue encarcelado para esperar su inmediato fusilamiento. Nos referimos a los representantes de la Iglesia católica. Todos los religiosos del monasterio de El Pueyo fueron encarcelados desde el primer momento; hasta este edificio, que sirvió como cárcel durante la guerra, fueron trasladados todos los sacerdotes, seminaristas, frailes y aquellos que les ayudaron o tenían una más estrecha relación con la comunidad religiosa y que habían sido encontrados y capturados por los caminos, montes y pueblos de la mitad oriental oscense. El día 9 de agosto de 1936 murió el obispo, don Florentino Asensio Barroso; tras él, hasta un total de 289 personas encontrarían la muerte en los muros del cementerio de esta ciudad, lugar que en la inmediata posguerra sería declarado sagrado y que las autoridades locales de la Junta Gestora que se conformaría en 1938 mandarían cercar inmediateamente.⁸

La memoria de los fusilamientos de El Pueyo de Barbastro quedó marcada en la población y fue recordada posteriormente durante la inmediata posguerra en misas, oraciones y publicaciones. Encabezados por su obispo, los religiosos de la diócesis de Barbastro sufrieron una cruenta represión. La razón de este alto número de clero represaliado, como ya hemos señalado anteriormente, fue fundamentalmente el hecho de que no pudieron huir, ya que desde el primer momento la población quedó en manos de los republicanos y, tras formar el comité, lo primero que se hizo fue ir a buscar a los más importantes del pueblo y al mismo tiempo a los religiosos. Junto a éstos murieron los beatos fieles a la figura del sacerdote y habituales frequentadores de la Iglesia, de la misma manera que junto a los propietarios y ricos del pueblo morirían los jornaleros y trabajadores de ideas conservadoras y además fieles hasta la muerte, nunca

7 AHN, *Causa General*, provincia de Huesca, cajas 1408, 1409, 1410, 1411 y 1412.

8 E. Casanova Nuez, «Símbolo y ejemplo para las generaciones venideras: la memoria de la violencia anticlerical y el recuerdo de los mártires», en *IV Jornadas de Castilla-La Mancha sobre Investigación de Archivos. «El franquismo: el régimen y la oposición»*, Guadalajara, 1999 (en prensa). De los fusilados en Barbastro, 196 eran vecinos de esta ciudad y 93 residían en pueblos de alrededor.

mejor dicho: aquellos que compartieron ideas, durante la guerra civil, compartirían muerte. Por lo tanto estamos aquí ante explicaciones de la represión que no atienden solamente a criterios de clase, debemos tener en cuenta las percepciones y el *status* que se tenía dentro de la comunidad. Las muertes que no poseen una clara explicación en términos de clase obedecen a cómo se percibían los unos a los otros.

Las afinidades ideológicas, las relaciones familiares, de amistad o laborales marcaban a los habitantes de un pueblo donde todos se conocían dentro de un grupo u otro, aunque no se perteneciera al mismo estrato social o económico de origen. Había trabajadores que no eran vistos como iguales por sus compañeros; los capataces, por ejemplo, tenían más poder que el resto de la plantilla, no tenían propiedad pero estaban próximos al patrón. Tampoco se respeta a los que acudían al Centro Católico o a los «revientahuelgas». Además, debemos tener en cuenta las historias locales porque detrás de algunas de estas muertes hay vivencias personales, odios que se terminaron de solventar en la coyuntura de una guerra. Nos encontramos, pues, ante el puzzle de la represión en retaguardia, muy difícil de recomponer pero que atiende a unos criterios claros; no es una represión indiscriminada, como lo demuestra la propia selección de las víctimas.

Sólo adelantaba a la cifra de los religiosos la de los labradores, que, según la *Causa General*, sumaban junto a los jornaleros un total de 466 fusilados, más 102 propietarios, lo que representaba un 32% del total de los represaliados. Es interesante esta distinción entre propietarios y el resto de los trabajadores del medio rural y tiene una relación directa con la tenencia de la tierra en la provincia de Huesca. Muchos de los llamados labradores estarían en régimen de arrendamiento de grandes propietarios pero no serían jornaleros, ya que no venderían su fuerza de trabajo, como ocurriría en muchos de los casos en la provincia de Teruel, para poder sobrevivir. El porcentaje de jornaleros, de personas realmente sin propiedad fusiladas sería ínfimo en comparación con el de labradores, independientemente del régimen de tenencia de la tierra de que disfrutarán. Solamente un 1,64% de los trabajadores del campo oscense murieron a manos de los gubernamentales.⁹

En este momento de nuestro análisis podemos afirmar que, igual que en Teruel, la mayoría de los asesinados fueron labradores, pero en Huesca tenían o disfrutaban de una mayor propiedad, sobre todo en el partido judicial de Fraga, porque el régimen de heredad guardaba a la tierra de la división, centrando la sucesión de las propiedades en el primogénito de la familia.

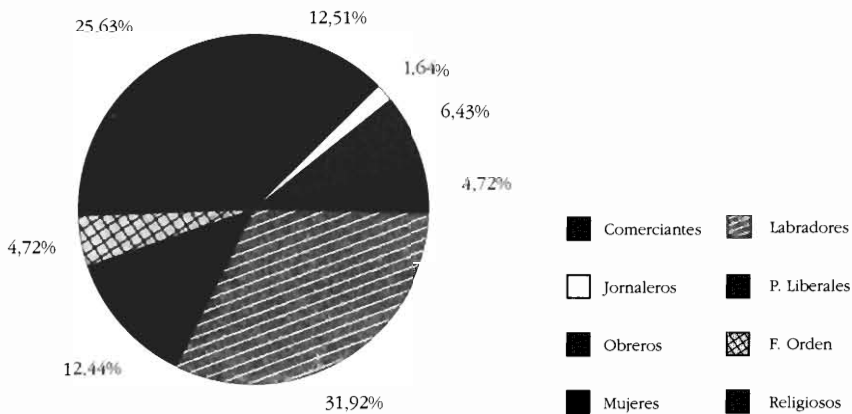
Junto a religiosos y labradores, comerciantes y profesiones liberales, murieron los guardias civiles, todos aquellos que no pudieron huir en los primeros momentos, aquellos que ofrecieron resistencia apoyando a la sublevación. Por supuesto no encontraron salvación posible los dirigentes políticos de derechas, las personas de sabida ideología conservadora, el jefe de Falange, el que prestaba su casa para las reuniones de la CEDA... La represión republicana se centró en todos aquellos que sustentaban el orden estableci-

9 AHN, *Causa General*, provincia de Huesca, cajas 1408, 1409, 1410, 1411 y 1412.

do desde cualquiera de las perspectivas y percepciones existentes. Los tres pilares fundamentales de cada una de las localidades oscenses: los propietarios e industriales, que controlaban la vida económica y hasta hacía poco la política, el clero y las fuerzas del orden. Los comercios, industrias y tierras fueron colectivizados, las iglesias perdieron su carácter sagrado pasando a ser utilizadas como garajes o almacenes tras ver cómo ardían todas sus imágenes en las hogueras de la plaza, los cuarteles de la Guardia Civil fueron asaltados y, junto al Ayuntamiento, ocupados por las nuevas autoridades surgidas de la guerra y del proceso revolucionario desencadenado en el verano de 1936.

Gráfico 2

Profesiones de los represaliados en el bando republicano durante la guerra civil. Provincia de Huesca.



Huesca, con similitudes respecto a la provincia zaragozana en su parte más meridional, con relaciones muy estrechas con Lérida en su franja más oriental (a un grupo de 53 vecinos de Binéfar los llevaron a esta capital para ser juzgados y posteriormente 26 de ellos fusilados por condena de un Tribunal Popular) y con un paisaje de frontera en los partidos de Boltaña, es un territorio rico en matices por el que desplazarnos observando los comportamientos en retaguardia durante estos años. Nos ofrece un pasado inmediato conflictivo e ideológicamente mostraba un arraigado republicanismo y anarquismo; tiene, además, uno de los ejemplos más virulentos de anticlericalismo de la España republicana y, como el resto de la región aragonesa, vivió una revolución en sus pueblos y las transformaciones propias de la reestructuración del Estado durante 1937, en las que aquí no hemos entrado.¹⁰

10 Sobre los vecinos de Binéfar fusilados en Lérida, AHN, *Causa General*, provincia de Huesca, caja 1412.

Por todo lo dicho, es un marco propicio para el estudio detallado de la violencia en retaguardia durante la guerra civil, completando así los trabajos para Aragón sobre la contienda, y ofrece el reto de intentar explicar con seriedad y con todo el rigor que podamos alcanzar los temas, mitologizados muchas de las veces, a los que aquí hemos intentado acercarnos.

Resumen de los datos ofrecidos en la *Causa General* de Huesca.

Un total de 1777 personas fusiladas, más de 37 desaparecidos, 438 sacerdotes muertos, 14 desaparecidos y 50 mujeres asesinadas.

	<i>Fusilados</i>	<i>Desaparecidos</i>
Religiosos	4	
Sacerdotes	438	14
Mujeres	50	
Militares	41	
Médicos y farmacéuticos	9	1
Comercial	124	5
Función pública	70	1
Empleados	64	4
Oficios varios	87	12
Labradores y jornaleros	466	12
Abogados	23	2
Propietarios	102	
Estudiantes	19	2
Diversos	58	
No consta	202	

*AHN, *Causa General*, provincia de Huesca, transcripción directa de las cifras ofrecidas en la caja 1408.